

LOS EXCESOS DE LA INTELIGENCIA

Fernando Gutiérrez Almeira
atalamantis@yahoo.com.mx



En este pequeño escrito intento polemizar lo más fuertemente posible contra los excesos que se cometen cuando en lugar de reflexionar a partir de las condiciones reales de la vida personal, social y planetaria se piensa a partir de abstracciones excesivas que al tratar de imponerse desmesuradamente a lo real termina por abrir heridas y causar daños.

Palabras claves: Exceso, Pureza, Ideal, Límite, Perfección.

EXCESO

No es fácil renunciar a toda forma de perfección. Incluso a último momento podemos intentar utilizar el argumento cartesiano y decir que si tenemos la idea de perfección algo perfecto habrá inducido a nuestra mente a tenerla, aunque no sea propiamente un dios. Pero, ¿de donde proviene la idea de perfección si no es de un intento claramente imperfecto de encontrar el objeto plenamente satisfactorio del

deseo? Es decir, es la pretensión fuera de lugar de una satisfacción completa de las expectativas (fuera de lugar porque sencillamente no es posible) la que induce a la inteligencia a suponer objetos capaces de realizar esa satisfacción completa y es precisamente a tales objetos a los que llamamos perfectos. Son objetos imposibles, incluido el dios perfecto del cristianismo racionalista y el racionalismo cristiano.

La imperfección del perfeccionismo empieza por ser en primer lugar una actitud regresiva inmadura, un intento de retener en algún objeto, aunque sea imaginario, la satisfacción uterina del estado fetal. Se pretende considerar a lo perfecto con lo que se sueña un motivo para conservar las esperanzas pero estas esperanzas de las que se habla no son otra cosa que infantiles expectativas desmesuradas, propias de la indisposición para reconocer sencillamente que no es posible una satisfacción completa de las expectativas y que no hay nada perfecto, ni en este mundo ni en ningún otro supuesto mundo.

Renunciar a la perfección parece, pues, un sacrificio, una disminución degradante de las expectativas que por ello parecerían cercenadas en su vuelo soñador. Pero otra mirada menos sentimental nos hace ver que esta renuncia no es, en realidad, una degradación de las expectativas, sino el arreglo de ellas a las condiciones reales de nuestra vida terrestre y humana, liberándose de los excesos del deseo ilusorio, aquel que termina por conducirnos ante el muro de la imposibilidad muchas veces, en andas del fanatismo idealista o la ambición prometeica, para que suframos dolorosamente y hagamos sufrir a otros por culpa de semejante exceso. Tenían gran razón los griegos (y el término razón vuelve aquí a su origen) al afirmar que lo que desequilibra y perturba la armonía es el exceso y el exceso de las expectativas perfeccionistas ha demostrado ser, a lo largo de la historia, capaz de generar tales perturbaciones y desequilibrios provocando, por ejemplo, guerras santas donde toda clase de atrocidades, incluyendo el canibalismo, se cometieron.

La mente que retiene para sí, en su soberbia, la idea de una perfección que falsamente supone posible y actúa en pro de su consumación, puede enmascarar su hazaña con la liviandad de verse y hacerse ver renunciando a todo lo imperfecto, la vida inclusive, pero esto no es renunciar más que a lo que se considera insatisfactorio y exhibe una egolatría mucho mayor de la que los que se conforman a un placer no compartido y no un ilusorio altruísmo. El altruismo de los que quieren cristalizarse en una perfección altruista, rechazando la supuesta

mácula de ser un ego, es el sumum de la egolatría y una forma de egolatría de las más cultivadas dada su capacidad hipócrita para enmascararse con el desapego y la renuncia. Renunciar a todo excepto a la perfección con que se sueña no es renunciar, de ningún modo, a la más altiva y hasta cruel de las pretensiones. Y como no hay renuncia a la pretensión de lo perfecto tampoco habrá renuncia a toda acción por la cual se quiera doblegar la realidad a este imposible, derramando sangre sobre el altar adorado si así se lo considera necesario. Es de este modo como cometen sus crímenes los fanáticos religiosos y los idealistas de toda laya: tratando de ganarse su paraíso aún a costa de la sangre y el sufrimiento ajeno, aún a costa de convertir aquello que no les satisface en un infierno miserable, incluyendo la vida de sus familias o su propia vida personal, vida ésta que son capaces de sacrificar a su idea así como el soldado se sacrifica por la abstracción de la patria. ¡Y se consideran a sí mismos, estos ególatras, santificados por su idea, por esa falsificación, por esa mentira!

PUREZA

La forma más insidiosa de la perfección es la pureza pues ella crea un puente entre inocencia y perfección, entre ausencia de crimen o mala intención e idealismo. La pureza es la perfección presentada como completamente libre de mácula, de suciedad, de rotura o falla. Y mientras perfeccionar es una labor difícil de definir la purificación puede intuirse inmediatamente en su sentido más apremiante: la de eliminar, exterminar, destruir, hacer desaparecer todo aquello que significa una mancha para el idolo que se quiere exaltar. En verdad no hay nada puro, bajo ningún aspecto o consideración, y cualquier intento de purificación, sea cual sea el sentido que se considere, es un intento de rebajar la realidad a un imposible, un intento por someter aquello que se niega siempre en su impureza real y fundamental a una pretensión de pureza que solo puede cortajear y lastimar. El que a sí mismo se llame puro deberá ser considerado un mentiroso atroz y el que pretenda purificar a los demás no puede ser otra cosa que un charlatán farsante.

Una de las formas más degradantes de la vida humana que ha sido invocada en nombre de la perfección, y lo ha sido, lamentablemente, en nombre de Cristo, el cual nada dice en los evangelios acerca de la cuestión, es la pureza sexual. La pureza sexual es ni más ni menos que una castración del deseo sexual tanto mental como física acometida con el objetivo de colocar toda la energía vital al servicio de la inmortalidad del alma, esa máxima pretensión por la cual el perfeccionista se quiere colocar del lado de los ángeles y los dioses. Superar esta castración de la sexualidad no es tan simple pues no basta rechazar el ademán castrador sino que hay que lograr además asumir la sexualidad como algo limpio, como algo valioso, como algo necesario para la vida, como algo disfrutable y sano, y no como el residuo sucio de una pureza perdida. Para los pueblos que no han estado bajo el efecto de este cuchillo que se afila para mutilar el deseo, la exaltación de lo virginal, es mucho más fácil la alegría de vivir que para estos pueblos educados durante siglos bajo los ropajes del cristianismo católico, que ocultaron sistemáticamente al cuerpo como una inmundicia que debía alejarse de la mirada deseante.

El purismo cristiano también se ha ensañado con el pueblo judío o con el hereje o con el pagano, es decir, se ha dedicado en múltiples oportunidades históricas y a lo largo de vastas épocas, a perseguir y pisotear la dignidad de aquellos que declaradamente no eran cristianos y tanto más la del pueblo judío al que muchos exaltados oradores del cristianismo han acusado de ser el asesino de Cristo. Tampoco esto surge de las palabras de Cristo en los evangelios y tanto menos si consideramos que Jesús era judío. Lamentablemente a la hora de exaltarse a sí mismo en la pureza soñada de una fe que se pretende sin mácula ni error ni duda el ego rabioso se ensaña con aquellos que piensan de modo diferente, que buscan la felicidad de modo diferente, que creen en otros dioses o directamente ya no creen en ninguno. A todo lo que no se rinde a la fe que los exalta fanáticamente los que se dicen puros por sus creencias terminan confundiendo con una oscuridad y una suciedad que solo puede provenir de sus propias conciencias, porque no hay nada más impuro y degradante que el delirio de la pureza.

La más profunda abyección, la más sucia degradación del alma humana debida al ideal de la pureza, fue parida por el sueño pesadillesco de la pureza racial al cual muchos científicos sirvieron poniendo a su disposición el intelecto frío cargado de desprecio hacia los parámetros éticos del humanismo más elemental. El crimen masivo cometido por los nazis en sus planes de exterminio racista fue la manifestación última y más conocida de una corriente de pensamiento purista que se alimentó de los delirios raciales de muchos científicos y filósofos que creyeron necesario liberar a la humanidad, ¡vaya liberación!, de las imperfecciones individuales en la constitución mental o física, de las ascendencias impuras o enfermizas. Creyeron que podían poner la ciencia al servicio de una purificación biológica del ser humano y que esta labor eugenésica (no es para nada casual el término eugenesia) iba a contribuir al bien de la humanidad. ¿Con qué clase de bien nos querían bendecir estos crápulas, estos monstruos exaltadores de la higiene social y mental? Sea cual sea la meta trazada por su horrendo delirio purista lo único que hicieron florecer fueron los campos de exterminio y las esterilizaciones en masa. Y lejos de establecer pureza biológica alguna ellos mismos se mostraron como casos de deformidad maligna de la inteligencia humana.

Alejémonos definitivamente de cualquier intento de purificación de la existencia en general o de las existencias particulares. Admitamos las manchas, los borrones, los errores, las suciedades, los desechos porque solo mediante una clara admisión de todo ello podremos vivir sin exagerar nuestras pretensiones por encima de lo dado, por encima de la imperfección en la que cotidiana y humanamente vivimos. Admitamos también que no hay pureza en el alma humana y que alejándonos de las miserias cristianas que se reflejaron en el horror de las hogueras supuestamente destinadas a purificar a los ajusticiados estaremos más cerca de las palabras de Jesús cuando en los evangelios sostiene que solo quien esté libre de pecado podrá tirar la primera piedra justificadamente, es decir, nadie.

IDEAL

La idealización se ha visto muchas veces como una postura valedera frente a la realidad dado que es a través de ella que puede el deseo escapar a la frustración de los límites concretos en que ha de moverse finalmente la voluntad.

Se idealiza, por ejemplo, el amor de pareja, y se sueña con un amor que sobrepuje todas las contrariedades de la necesidad o los defectos personales, un amor que solo amantes perfectos e intachables podrían realizar. Al idealizarse así el amor se lo sublima en un aura inorgánica y teatral que lejos está de lo trabajoso consistente en aprender a amar y realizar gestos de amor a sabiendas que aquellos a quienes amamos no carecen de defectos tanto mentales como físicos, que la comunicación nunca carece de dificultades, que el encuentro de las voluntades nunca deja de provocar conflictos que necesitan ser negociados. Por supuesto que el permanecer en esta instancia adolescente, cuasi infantil, del amor de pareja, solo puede conducir a la frustración del deseo y a una invisibilización de la necesidad de estar dispuesto primero a ofrecer el pobre y defectuoso amor de que seamos capaces según nuestro desarrollo personal en lugar de vivir esperándolo de los demás. Por supuesto que esta idealización del amor no se detiene en el amor de pareja sino que lleva a idealizar también la amistad exigiéndole un aura de lealtad ineludible, o la solidaridad suponiendo un altruismo claramente imposible, o la misma capacidad de amar imaginándose algunos capaces de sentir verdadero afecto por aquello que solo se delira o piensa. El producto de todas estas idealizaciones amorosas es el desencuentro con el carácter auténtico de lo amoroso, su biologicidad, su precariedad y carga de errores y defectos, la necesidad imprescindible de ser condescendiente con la fealdad, con la necesidad, con los defectos, con los tropiezos de aquellos que son objeto de nuestro afecto. Y la falta de un reconocimiento realista de que el amor en todas sus formas, el afecto en todas sus variaciones, es una potencia emocional y sentimental de muy corto alcance cuando se trata de generar una vida pacífica y concorde entre los individuos para lo cual es necesaria la ética y su objetivación en leyes e

instituciones que garanticen la libertad y la dignidad de las personas. La acción amorosa tiene como principal función el de crear en la vida personal un entorno de relacionamiento emocional, empático, con los otros, y será siempre una exageración pretender que sea capaz de orientar la existencia social más allá del círculo restringido en el que se relacionan emocionalmente las personas.

La más inaceptable consecuencia de la idealización ocurre cuando se persigue una quimera social o una salvación religiosa porque cuando se está dispuesto a la exaltación por medio de una finalidad que se considera de altura extrema luego es fácil concluir que todo lo demás, incluyendo la propia vida y la de los demás, debe sacrificarse en el altar de esa finalidad suprema. Y el resultado es la actitud del mártir, la disposición al martirio, a los actos extremistas mediante los cuales se desprecian todos los riesgos y consecuencias y se somete la propia voluntad al principio único de la persecución de esa finalidad sin claudicación admisible. Entonces se piden lealtades totales y se consideran enemigos incluso a aquellos que sin oponerse simplemente dudan. Se piden sacrificios, coraje, disposición a aceptar incluso la destrucción. Se pide, porqué no, la entrega ciega al ideal mediante una fe sin restricciones. Esto conduce, finalmente, a la obturación de la capacidad de reflexión, de retractación, de retroceso y cálculo. Su expresión final es el más acicateante y trágico fanatismo. Miríadas de jóvenes entusiastas han muerto a causa del envenenamiento innecesario que ha producido en ellos el exceso de la idea.

La acción revolucionaria más enardecida, aquella que se considera más virtuosa frente a la opresión y la injusticia, pronto se vuelve injusta al desbordarse en un idealismo estéril, injusta en el más amplio sentido al volverse el revolucionario incapaz de reconocer los límites de su propia capacidad de transformación de la realidad cayendo en la ilusión de una omnipotencia que no debe ser contenida, que debe triunfar inevitablemente, es decir, en la misma actitud opresiva que pretende combatir. Su falta de moderación transforma su buena voluntad en un despliegue estéril y desgarrante que no conduce a otra cosa más que

a la perpetuación y agudización de la misma opresión que combate a menos que directamente triunfe y aplaste sin misericordia a las fuerzas que se le oponen imponiéndose en su lugar, lo cual finalmente constituye un regreso más o menos completo a la situación rechazada. Solo el abandono del idealismo revolucionario y la construcción en su lugar de una actitud revolucionaria realista, atenta a los tiempos que exigen las transformaciones y a las limitaciones de la naturaleza humana, biológica, etc podría ser un camino sensato hacia la construcción de nuevas formas de vida humana más justas y solidarias.

LÍMITE

Para evitar caer en estos excesos de la inteligencia la inteligencia misma debe reconocer sus límites. No podemos conocerlo todo, nuestro conocimiento es finito, y es dentro de esta finitud en la que se encuentra envuelta la inteligencia que son posibles ideas tales como las de perfección o pureza, es decir, solo dentro de límites que hacen de tales ideas objetos que brindan mucho menos de lo que prometen y muchas veces, resultados que no son deseables.

Por supuesto que además de reconocer los límites intelectuales en si mismos la inteligencia humana debe reconocer los muchos límites de lo humano empezando por el reconocimiento de la inevitabilidad de la muerte que no obsta a su compatibilidad con la vida pues le corresponde a la muerte el ser base constante a partir de la cual la vida se renueva. También es necesario reconocer los límites del ego que hoy se extienden sin medida auspiciados por leyes hereditarias ilimitadas, la posibilidad brutal de un enriquecimiento ilimitado y el sueño de vivir en un planeta de

recursos sin fin. Vivimos en la época del exceso incentivados por el manantial de energía que ha explotado en el último siglo a partir de los combustibles fósiles y esta euforia atronadora que deja a su paso un tendal de rechazados, marginados, hambrientos, asesinados es lo que nos sigue moviendo hacia el futuro como si con ánimo de locomotora desbocada pudiera llegarse a alguna parte que no sea la ruina del entorno delicado y sutil que nos rodea y cuyo precio jamás podría evaluarse en los mercados, es decir, en la feria de los tenderos que mucho más saben de morcillas, calzoncillos y pasta de dientes que de la inextricable complejidad de la biosfera.

Son, por sobre todo otro límite, los límites del deseo humano amorfo, los que debe autoimponerse la inteligencia porque solo deseando dentro de lo posible y aún más dentro de lo justo y meritorio, puede vivirse equilibrada y armónicamente. Si la inteligencia en lugar de gobernar al deseo simplemente lo extiende y multiplica, lo fertiliza y lo cosecha, creando paraísos artificiales de consumo y lujo sin freno, en alguna parte escondida este exceso se compensa con infiernos y miserias. La inteligencia no debe estar simplemente dedicada a extraer las posibilidades, los potenciales, de su ocultamiento, labor que los científicos encuentran tan entretenida, sino que debe abocarse principalmente a dar forma al deseo humano dentro de los límites de lo razonable, evitando la ruptura destructora que los excesos continuamente producen. Y por supuesto que para ello debe dejar atrás fanatismos, idealismos, delirios mesiánicos o prometeicos, purismos, perfeccionismos inútiles.-



Fernando Gutiérrez: Docente de Filosofía y Matemática. Filósofo uruguayo. En 2010 participó con su conferencia "La utopía de las leyes" del Primer Congreso Uruguayo de Filosofía.